

Isaac Asimov

Los Estados Unidos
desde el final de la
Guerra Civil hasta la
Primera Guerra Mundial

Historia Universal Asimov



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Golden Door - The United States from 1865 to 1918*

Publicado por acuerdo con Houghton Mifflin Co.,
Boston, Mass., U.S.A.

Traducción de Néstor A. Míguez

Primera edición: 1984

Tercera edición, con traducción revisada: 2012

Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: *Soldados celebrando la paz al término de la Primera Guerra Mundial.*

© Hulton-Deutsch Collection / Corbis / Cordon Press

Selección de imagen: Laura Gómez Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Asimov Holdings LLC. World rights reserved and controlled by Asimov Holdings LLC

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1989, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-7183-3 (T. 14)

ISBN: 978-84-206-5082-1 (O. C.)

Depósito legal: M. 8.681-2012

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	1. Las secuelas de la guerra
40	2. Riqueza y corrupción
67	3. El triunfo republicano
101	4. Grover Cleveland
139	5. El segundo mandato de Cleveland
169	6. El imperialismo triunfante
201	7. Theodore Roosevelt
229	8. El progresismo
254	9. Roosevelt y Taft
281	10. Woodrow Wilson
309	11. La Primera Guerra Mundial
335	Cronología
347	Índice analítico

1. Las secuelas de la guerra

Lincoln contra el Congreso

¡La Unión Federal había sobrevivido!

Durante cuatro años, una guerra enconada y costosa había hecho estragos en el suroeste de los Estados Unidos; 11 estados se habían alineado –y luchado con habilidad y decisión– contra el resto de la nación, y habían perdido, pero no antes de morir 620.000 hombres por ambas partes y de dejar unos 375.000 heridos. Hubo en total 1.000.000 de bajas aproximadamente, de una población total de unos 33 millones*.

Grandes zonas de la antigua Confederación quedaron profundamente marcadas por la guerra, particularmente

* La historia de este trágico episodio y de los sucesos que condujeron a él ha sido narrada en mi libro *Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.

en los estados, como Virginia y Tennessee, donde se habían librado la mayor parte de las batallas, y en otros, como Georgia y Carolina del Sur, donde los ejércitos de la Unión, hacia el fin de la guerra, habían llevado a cabo una deliberada devastación.

Pero la Unión había sobrevivido. Al terminar la guerra, el territorio de los Estados Unidos estaba intacto y su economía, en conjunto, se hallaba tan fuerte como siempre. Los estados de la victoriosa Unión habían prosperado económicamente, y sus pérdidas en mano de obra habían sido compensadas por la inmigración y por un elevado índice de natalidad.

Por su parte, los antiguos estados confederados, después de luchar magníficamente en circunstancias muy adversas, aceptaron la decisión. Volvieron al redil, y si bien las cicatrices de la guerra subsistieron por décadas y el recuerdo reverente de la «causa perdida» y de los hombres que lucharon por ella nunca desapareció, los antiguos estados confederados jamás intentaron nuevamente abandonar la Unión; en ninguna crisis posterior dieron ningún motivo de sospecha sobre su lealtad.

Pero cuando la guerra llegaba a su fin, no había modo de prever que la Confederación aceptara como lo hizo el resultado de la contienda. Algunos miembros del gobierno de la Unión sentían odio hacia los estados cuyos ejércitos habían humillado a la Unión en muchas batallas; otros temían el resurgimiento de los sentimientos de rebelión y estaban seguros de que esto sólo podía ser impedido mediante un duro control; y otros estaban ansiosos por hacer desaparecer la vergüenza de la esclavitud

en toda la nación, y opinaban que no se podía confiar en que los antiguos amos de esclavos lo hicieran.

Por todas estas razones, y también por consideraciones políticas, un sector del Partido Republicano adoptó una actitud vengativa hacia los anteriores estados confederados. Ese sector del partido fue llamado «republicano radical».

Se oponía a él el presidente republicano, Abraham Lincoln, que había gobernado la Unión durante los peligrosos años de la guerra. Lincoln sostenía que puesto que la secesión era ilegal, los estados de la Confederación nunca habían abandonado la Unión. En su opinión, era sólo un grupo de hombres obstinados el que había provocado la guerra, y una vez que esos hombres fueran apartados del poder y que una parte significativa de un estado rebelde declarara su lealtad a la Unión, ese estado, en su opinión, quedaría rehabilitado como miembro de la Unión, con todos sus derechos y privilegios.

Como era un hombre de gran visión y deseaba fervientemente evitar un futuro en el que varios estados albergaran de manera permanente un motivo de queja y de recelos, aspiraran a la independencia y lucharan una y otra vez por alcanzarla –y quizá, con el tiempo, con éxito–, Lincoln se esforzó por hacer lo más fácil posible el retorno de los estados rebeldes. Fue generoso en la amnistía, y pidió un juramento de lealtad de sólo el 10% de los votantes de cualquier estado ocupado por fuerzas de la Unión. Pero también era menester dar otro paso importante: dicho estado tenía que abolir la esclavitud.

En 1864, cuando aún no había finalizado la guerra, hubo juramentos de lealtad en Arkansas y Luisiana para

satisfacer las condiciones de Lincoln. Éste reconoció la reintegración en la Unión de ambos estados, que formaron gobiernos locales y eligieron senadores y diputados al Congreso.

Pero los republicanos radicales eran fuertes en el Congreso y rechazaron a los representantes elegidos por Arkansas y Luisiana. Consideraban que las condiciones de Lincoln eran tan benévolas que resultaban inadmisibles. Se mostraban totalmente contrarios a que el presidente estuviese a cargo de la reconstrucción de la Unión. Durante los 20 años anteriores a la Guerra Civil, los Estados Unidos habían sido gobernados por presidentes débiles, y los poderes de tiempo de guerra que tenía Lincoln – que aumentaban su poder al tiempo que debilitaban al Congreso– eran considerados excepcionales. Una vez restablecida la paz, los republicanos radicales esperaban que el presidente retornase a su posición habitual y que el Congreso asumiese el poder.

En función de esa idea, los republicanos radicales elaboraron un plan de «Reconstrucción por el Congreso», en oposición a la «Reconstrucción Presidencial» de Lincoln. En su opinión, el juramento de lealtad de sólo un 10% de la población no era suficiente; exigían que al menos el 50% de los votantes de un estado lo hiciese. Además, el juramento debía ser retrospectivo, es decir, que los que prestasen juramento no sólo debían jurar ser leales en el futuro, sino también que nunca habían sido desleales en el pasado (algo casi imposible de esperar de la mitad de la población, a menos que hubiese un perjurio al por mayor).

A tal fin, se presentó al Congreso un proyecto de ley el 4 de julio de 1864. Lo presentó el senador Benjamin

Franklin Wade, de Ohio (Massachusetts, 1800), un ardiente reformador que no sólo se oponía vigorosamente a la esclavitud de los negros, sino que también era un defensor de los trabajadores y de los derechos de las mujeres. En la Cámara de Representantes, el defensor del proyecto fue Henry Davis, de Maryland (1817). Aunque oriundo de un estado esclavista, fue firmemente leal a la Unión y desempeñó un papel decisivo en las acciones destinadas a impedir que Maryland optase por la secesión.

Lincoln sabía que, con el proyecto de ley Wade-Davis, los estados de la Confederación tardarían años en poder cumplir con los requisitos necesarios para reincorporarse a la Unión, pues las condiciones eran exorbitantemente severas. Los republicanos radicales, desde luego, eran plenamente conscientes de esto. Algunos eran lo bastante vengativos como para considerar justificada su actitud, mientras que otros pensaban que era un buen modo de que el Noreste industrial se asegurara el control de Estados Unidos durante largo tiempo.

Pero Lincoln no tenía ningún ánimo vengativo ni estaba interesado en asegurar el predominio de ninguna parte de la nación sobre la totalidad. Puesto que el Congreso estaba a punto de suspender sus sesiones, sencillamente dejó de lado el proyecto de ley («se lo metió en el bolsillo», hablando en términos figurados). Al no firmarlo, lo anuló hasta el próximo periodo de sesiones. Fue un ejemplo de «veto indirecto» [*pocket veto*; literalmente, «veto de bolsillo»].

Esto enfureció a los republicanos radicales, que intentaron deshacerse de Lincoln y nombrar un candidato propio para las elecciones presidenciales de 1864, que

eran inminentes. Lincoln esperó pacientemente, y las victorias militares le dieron suficiente popularidad como para demostrar a los republicanos radicales que no conseguirían nada oponiéndose a él. Aunque a regañadientes, apoyaron a Lincoln, y éste fue reelegido.

Pero el 14 de abril de 1865, cinco días después de que el general confederado Robert E. Lee se rindiese en Appomatox Courthouse, Virginia, poniendo fin a la Guerra Civil, Abraham Lincoln fue asesinado. Ocupó su puesto el vicepresidente, Andrew Johnson, quien de este modo se convirtió en el decimoséptimo presidente de Estados Unidos.

Andrew Johnson

Andrew Johnson nació en Carolina del Norte en 1808. A los 12 años era aprendiz de sastre, habilidad que conservó hasta el fin de su vida y de la que se enorgullecía (¿por qué no?). Se trasladó al este de Tennessee en 1826 y vivió en este estado el resto de su vida.

No asistió a la escuela ni un solo día, pero después de casarse, en 1827, su esposa le enseñó a leer y a escribir. Esta zona de Tennessee era una tierra de granjeros pobres que no simpatizaban con la aristocracia propietaria de esclavos de la parte occidental del estado y preferían las rudas y sencillas virtudes de Johnson. Su falta de educación fue para él una ventaja, y su estilo estridente y llano en las polémicas era admirado.

Ocupó cargos gubernamentales cada vez más altos, y de 1853 a 1857 fue gobernador de Tennessee. Luego en-

tró en el Senado, donde mantuvo una inquebrantable posición a favor de la Unión. Fue el único senador de un estado separado que permaneció en el Senado pese a las protestas y vilipendios de sus propios electores. Supuso un acto de gran coraje político, pero Johnson siempre mantenía sus opiniones con la mayor obstinación.

En 1862, cuando los ejércitos de la Unión ocuparon la mayor parte de Tennessee, Lincoln recompensó a Johnson por su actitud nombrándolo gobernador militar del estado reconquistado, cargo que Johnson ocupó eficazmente durante dos años.

Luego, en 1864, cuando Lincoln se presentó por el Partido de la Unión (formado por los republicanos y los «demócratas de la guerra» que se habían comprometido a obtener la victoria), pareció importante elegir como candidato a vicepresidente a uno de esta tendencia demócrata, y Johnson recibió la aprobación para ocupar la candidatura.

Johnson, por supuesto, asistió a la segunda investidura de Lincoln, en marzo de 1865. Sintiéndose enfermo, tomó un trago de una bebida alcohólica para reanimarse. No fue una buena idea. Johnson no toleraba bien el alcohol, y la bebida le sentó mal. En la ceremonia parecía estar claramente borracho, cosa que sus adversarios nunca permitieron que el público olvidase.

Después del asesinato de Lincoln, Johnson ocupó la presidencia.

Aunque enemigo de la aristocracia propietaria de esclavos, sentía simpatía por los estados de la Confederación. Adoptó la actitud generosa de Lincoln hacia los antiguos rebeldes y procedió lo más rápidamente que pudo

a reconstruir los gobiernos de los anteriores estados confederados.

Pero, desde luego, era necesario poner fin a la esclavitud. Muchos de los factores emocionales de la Guerra Civil giraban alrededor de esta cuestión, y cuando los propietarios de esclavos fueron derrotados, la esclavitud no sobrevivió. De hecho, los estados de la Unión votaron una enmienda constitucional que hacía formalmente ilegal la esclavitud en los Estados Unidos. El 18 de diciembre de 1865 se obtuvo la mayoría necesaria de tres cuartos de los votos de los estados a favor de esa enmienda, que se convirtió en parte de la Constitución como la Decimotercera Enmienda. Así, medio año antes del nonagésimo aniversario del nacimiento de los Estados Unidos, la esclavitud llegó a su fin en la nación que siempre se había considerado «la Tierra de los Libres».

Pero aunque la esclavitud fue abolida como sistema legal y los estados antaño esclavistas tuvieron que aceptar este hecho, éstos buscaron la manera de tomar otras medidas que les aseguraran que los negros seguirían siendo lo más parecidos posible a los esclavos, es decir, una fuente de mano de obra barata sin derechos políticos y con escasos derechos humanos.

Sin duda, los negros tenían problemas. Había 4.000.000 de «libertos» en los anteriores estados esclavistas, hombres que, a causa de la posición servil a la que habían estado encadenados, ahora carecían de educación, eran ingenuos, inexpertos ante la libertad y a menudo temerosos de ella. Si hubiera habido un mundo ideal, habrían sido ayudados y recibido enseñanza; en particular, sus hijos,

que habrían sido educados en la libertad y la igualdad desde el comienzo*.

Desgraciadamente, no existía ese mundo ideal. La creencia en la inferioridad de los negros estaba demasiado arraigada en los anteriores estados esclavistas (y en el resto de la Unión también, en verdad), y además, existía un constante temor a posibles revueltas de los negros. Fue un temor que no encontraba justificación entre la población negra, pues nunca ha habido un conjunto de personas tan oprimido y pisoteado durante tanto tiempo y que, sin embargo, mostrase tan poco deseo de venganza. Pero tal temor existía, y fue un factor que contribuyó a que sucediese lo que sucedió.

Los antiguos estados esclavistas, tan pronto como pudieron, establecieron sistemas de leyes destinados a impedir que cambiase el estatus social de los negros sólo porque ya no eran esclavos legalmente. El primero de estos «Códigos Negros» fue establecido en noviembre de 1865, antes de que la Decimotercera Enmienda aboliese la esclavitud.

Los Códigos Negros variaban en severidad de un estado a otro, pero en general limitaban los derechos de los negros a muy poco más de los que poseían como esclavos. Podían ahora casarse legalmente y poseer cantidades limi-

* Éste no es un sueño imposible. La segunda generación de inmigrantes de toda clase ha ocupado su lugar en la vida americana en pie de igualdad. Mis padres me llevaron a los Estados Unidos, desde la Unión Soviética, cuando yo tenía 3 años. Mi padre carecía de educación y no pudo ser más que un pequeño comerciante minorista durante toda su vida. Pero el sistema educativo americano estaba abierto para mí, y gracias a ello llegué a ser escritor científico y profesor universitario. Si esto me fue permitido, ¿por qué no a otros también?

tadas de tierra, pero no podían votar ni comparecer como testigos ante los tribunales. Su derecho a trabajar se limitaba a ciertas ocupaciones domésticas, y si eran «vagabundos», se les podía obligar por la fuerza a aprender determinada tarea, en condiciones que no eran distinguibles de la esclavitud. No disminuyó la pasión por inculcar a los negros la idea de que su estatus era el de un ser absolutamente inferior, en todos los aspectos, a cualquier blanco.

Podemos suponer que Lincoln, si hubiese vivido, se habría opuesto a los Códigos Negros, no sólo por su profunda humanidad, sino también porque su sagacidad le llevaría a ver que para los estados victoriosos serían el resultado de la crueldad y la villanía sureñas, lo cual haría mucho más difícil la tarea de una verdadera reconciliación. Que Lincoln hubiese podido impedir el surgimiento de los Códigos Negros y asegurado un compromiso razonable es incierto, pero podemos estar seguros de que lo habría intentado.

Johnson no lo intentó. No albergaba simpatía alguna hacia los negros. La esclavitud había sido abolida y eso era todo. No estaba dispuesto a dar un paso más allá, y aceptó sin más los Códigos Negros.

Pero no era el caso de los republicanos radicales del Congreso, quienes, encolerizados por la predisposición que veían en Johnson a permitir que los estados esclavistas anulasen el veredicto de la guerra, pasaron a una firme e implacable oposición. Su líder en esta lucha era el resuelto e implacable congresista Thaddeus Stevens, de Pensilvania (Vermont, 1792).

Stevens había nacido con un pie torcido y había tenido una infancia miserable. Ambos hechos pueden haber

contribuido a su fanática simpatía por los oprimidos, y en particular, por los esclavos negros. Estaba a favor de todo género de desvalidos; se cree que tuvo una amante negra y que, cuando él estaba agonizando, ordenó ser enterrado en un cementerio para negros, para demostrar hasta en la muerte su devoción a la igualdad.

Su gran defecto consistía en ser un hombre lleno de odio, que no podía perdonar, ni olvidar, ni tampoco aceptar compromisos. Para él, los estados conquistados eran regiones ocupadas que no tenían ningún derecho. Su intención era dividir las fincas de los poseedores de esclavos y entregárselas a quienes las habían trabajado.

Para los republicanos radicales, y para Stevens en particular, los Códigos Negros eran una prueba clara de que los antiguos estados confederados no se habían regenerado, que no había ocurrido nada que los hiciese abandonar sus anteriores opiniones. Los Códigos Negros, y el apoyo de Johnson a ellos, insistían, suprimían el nombre pero no la vergüenza de la esclavitud en los Estados Unidos. Los antiguos líderes confederados –que no se mostraban escarmentados ni avergonzados– podrían, gracias a la política de Johnson, seguir administrando sus fincas y tratando a los negros como esclavos.

Stevens dominaba la Comisión Conjunta de los Quince, un grupo de 6 senadores y 9 diputados, todos republicanos radicales, que empezaron a proponer leyes para garantizar los derechos de los negros. Pero esas leyes eran vetadas por Johnson, quien sostenía que violaban los derechos de los estados, el mismo argumento que los anteriores estados esclavistas habían usado para mantener la esclavitud y justificar la secesión. Esto enfureció

aún más a los republicanos radicales, y algunas de las leyes fueron aprobadas pasando sobre el veto de Johnson.

Sobre todo, Stevens abogó incesantemente por otra enmienda a la Constitución, una enmienda destinada a hacer del negro no solamente un no-esclavo, sino un ciudadano americano de pleno derecho. Esta nueva enmienda fue aprobada por el Congreso en junio de 1866 y fue presentada a los estados, tres cuartos de los cuales debían votar su aprobación antes de que pudiese formar parte de la Constitución.

La enmienda declaraba a toda persona nacida en Estados Unidos o debidamente naturalizada, independientemente del color de su piel, ciudadano de los Estados Unidos y del estado en que residiese; se prohibía a los estados aprobar leyes que redujesen los derechos de cualquiera de sus ciudadanos; se prohibía participar en la vida política a los antiguos funcionarios confederados que hubieran ocupado con anterioridad cargos nacionales –pues se consideraba que habían traicionado la confianza de la nación– y se prohibía el pago de todas las deudas contraídas por los confederados durante la guerra. De este modo, se introducía a los negros en la vida política y se penalizaba a los que habían invertido en la Confederación, que veían perdida definitivamente su inversión.

El Congreso, además, decretó que ningún antiguo estado confederado podía estar representado en el Congreso si no aceptaba la nueva enmienda. Tennessee fue el único estado que lo hizo, en julio de 1866; por ello, fue formalmente readmitido en la Unión por el Congreso. Los 10 estados confederados restantes, con un

optimismo fuera de lugar y con el apoyo de Johnson, se negaron a aceptar la enmienda y esperaron las elecciones al Congreso de 1866, con la esperanza de que surgiera un Congreso más moderado.

Johnson hizo todo lo que pudo a este respecto, atacando con vehemencia a los republicanos radicales y tratando de crear un nuevo partido de moderados. Pero lo hizo con tan poca habilidad que sólo encontró aliados entre los demócratas que, durante la guerra, habían estado a favor de una paz que concediese la independencia a los estados confederados, y que eran llamados *copperheads* por los que deseaban la victoria.

Johnson, además, trató de afianzar la causa de la moderación recorriendo la nación en una gira de discursos, en agosto y septiembre de 1866. Difícilmente podía haber hecho algo más desastroso para su causa, pues llevó a las grandes ciudades de la Unión las tácticas que le habían dado buen resultado en las apartadas regiones del este de Tennessee, tácticas que sólo sirvieron para provocar risa y ponerlo en ridículo. Cuando lo interrumpían con preguntas molestas, perdía los estribos y soltaba indignos vituperios.

Los republicanos radicales, mientras tanto, hacían resonar los tambores del patriotismo y explotaban el odio, aún fuerte, contra los antiguos rebeldes. Los más exaltados de los estados que habían sufrido la derrota hacían el juego a los radicales, entregándose a motines racistas en ciudades como Memphis y Nueva Orleans, y matando negros de manera brutal e indiscriminada. Con esa actitud, los sureños se mostraban a la opinión pública como impenitentes villanos.

El resultado de todo esto fue una clara y resonante victoria de los republicanos radicales. En el Cuadragésimo Congreso, los republicanos superaban a los demócratas por 42 a 11 en el Senado y 143 a 49 en la Cámara de Representantes. Había suficientes radicales entre los republicanos como para obtener la mayoría de dos tercios necesaria para superar los vetos de Johnson.

El enjuiciamiento

El Cuadragésimo Congreso se preparó para gobernar el país en claro desafío a Johnson, y presentar su propia versión de la Reconstrucción. Para ello, sólo necesitaba aprobar los necesarios proyectos de ley, esperar el inevitable veto de Johnson y luego reunir los pertinentes dos tercios de los votos en cada Cámara para superar el veto presidencial y convertir los proyectos en ley.

Procedieron a hacerlo. En enero de 1867, por ejemplo, se otorgó el voto a los negros en el Distrito de Columbia, pese al veto de Johnson. En marzo, Nebraska fue admitida en la Unión como el decimoséptimo estado, y puesto que sus simpatías republicanas eran indudables, tuvo que ser aceptada pasando por encima del veto de Johnson. (Cuando el territorio se convirtió en estado, su capital, Lancaster, fue rebautizada con el nombre de Lincoln, en homenaje al presidente muerto; ha conservado este nombre desde entonces.)

Luego, el Congreso aprobó un proyecto de ley de Reconstrucción de línea dura, y a pesar del veto de Johnson, el 2 de marzo de 1867, fue aprobado ese mismo día.

Según este Decreto de Reconstrucción, los 10 antiguos estados confederados que aún no habían sido readmitidos en la Unión (todos menos Tennessee) serían tratados como provincias conquistadas.

Fueron repartidos en cinco distritos militares: 1) Virginia; 2) Carolina del Norte y Carolina del Sur; 3) Georgia, Alabama y Florida; 4) Misisipi y Arkansas, y 5) Luisiana y Texas. Cada uno de ellos quedó en manos de un gobernador militar.

Para escapar de esta situación, cada uno de los estados tenía que convocar una nueva convención constitucional, elegida por todos los hombres en edad de votar, incluidos los negros; las nuevas constituciones tenían que aceptar la nueva enmienda que concedía la ciudadanía a los negros; los dirigentes confederados destacados quedaban excluidos del gobierno, y el Congreso se reservaba el derecho de examinar todos los decretos de los estados y decidir cuándo podían volver a entrar en la Unión. Posteriores decretos endurecieron todavía más estos requisitos.

Johnson reconoció los nuevos decretos como leyes y nombró gobernadores militares, pero interpretó cada decreto lo más estrechamente que pudo y retrasó la aplicación de cada medida todo lo posible. Cada retraso del presidente aumentaba la cólera de los republicanos radicales y fortalecía su intención de lograr sus objetivos.

La población blanca de los estados ocupados empeoró las cosas al negarse a tomar parte en las actividades políticas. Confiaban en que con esa actitud lograrían impedir que los militares gobernaran y se generaría una frustra-

ción que obligaría a abandonar los intentos de liberalizar las instituciones de sus estados.

Pero fue un mal cálculo. Puesto que los blancos locales se mantuvieron apartados, la dirección política en los distritos militares cayó en manos de personas procedentes de otras partes de la nación. Algunos de esos recién llegados eran idealistas que deseaban ayudar a los negros y encauzar a los antiguos estados confederados por canales más democráticos; pero otros acudieron por lo que pudiesen obtener, pensando que en medio del caos el botín sería cuantioso. Y así fue. Muchos de los recién llegados, al actuar bajo el gobierno de militares que carecían en gran medida de experiencia política, pudieron manipular las cosas para enriquecerse a expensas del estado. Por supuesto, fueron estos forasteros corruptos los que hicieron caer sobre el conjunto la mala reputación que nunca los ha abandonado.

La gente de los antiguos estados de la Confederación consideraba a esos hombres procedentes de otros estados unos intrusos que llegaban a sus casas solo para saquear; eran tan pobres e insignificantes que traían todas sus pertenencias en una sola bolsa. Como en aquellos días, las bolsas de viaje baratas se hacían de tejido de alfombra [*carpet* en inglés], los intrusos eran llamados *carpetbaggers** [«los que llevan bolsas de tejido de alfombra»].

Los gobernadores militares, a los que se presionaba para que logran resultados, no tenían más opción que

* Este término ha sido usado desde entonces en Estados Unidos para caracterizar a un opositor político identificado con un estado diferente de aquel en el que trata de obtener un puesto.